

PALABRA POR PALABRA

FERNANDO ONTAÑÓN

## Tontos del culo

Javier Marías se preguntaba la semana pasada (*El País Semanal*) si de verdad merecía la pena seguir escribiendo sus incisivas, inteligentes y refrescantes (los adjetivos son míos) columnas en vista de lo inútil que le parecía el empeño, “Uno intenta llamar la atención sobre lo que le parece mal, injusto, indecente, de nuestra sociedad, y argumentarlo...”. “Pero pasan los años y en conjunto ve que más bien todo empeora, y que quienes podrían enmendar algo (los políticos, sobre todo) parecen aplicarse a hacer lo contrario de cuanto uno solicita o propone, y a reincidir en lo que critica o condena”.

El pesimismo y el hastío de Marías reflejan en buena medida el desencanto en que vivimos instalados desde hace algún tiempo. La política ha caído tan bajo como la banca, si es que en realidad existe una verdadera distinción entre ambas actividades. Y es que muchos de nosotros, corrientes ciudadanos de este país democrático y monárquico, ¿o viceversa?, no salimos del asombro, del estupor que nos produce nuestra proverbial ingenuidad. Porque, según el exdiputado y exsenador del PP Carlos Mantilla (en declaraciones a la radio), “Es una hipocresía pensar que los partidos políticos no tienen una financiación ilegal... Es sabido por todo el mundo”. Y aquí estamos nosotros, el resto de ese mundo, la pandilla de cándidos y, por qué no, tontos del culo, que no acabamos de entender cómo es posible que todos lo sepan y nosotros no, que todos lo acepten y les parezca cosa común y de lo más corriente y lógica y, sin embargo, a nosotros nos escandalice que, precisamente, quienes se dedican a la política de un modo profesional, quienes aspiran a representar, legislar y gobernar un país democrático, en definitiva, quienes más deberían velar por ella, se pasen por el forro de sus trajes la legalidad vigente, la ética más universal, la honradez más elemental; a menudo, mientras se les llena la boca con palabras como patriotismo o nación o dios.

Javier Marías duda de la utilidad de sus columnas de opinión, y nosotros empezamos a plantearnos si de verdad merece la pena acudir a las urnas cada cuatro años, hacer la declaración de la renta o, incluso, levantarnos por las mañanas para llevar a nuestros hijos a las escuelas públicas que nuestros gobernantes tratan de desmantelar... Pero no se preocupen, porque todo esto no es cierto, salvo alguna cosa.

### Viene de la página anterior

No había transcurrido un mes del juramento de Hitler como canciller cuando arde el Reichstag, un símbolo del fin de la vida parlamentaria, una excusa para la persecución de los comunistas y todo un síntoma de la deriva autoritaria en la que entrará el país. Ni toda la violencia contra los rivales ni el aprovechamiento descarado de los recursos públicos consiguieron que los nazis obtuvieran una mayoría absoluta en las elecciones de marzo. Hitler se mantiene en el Gobierno con el apoyo de la derecha y consigue que le transfieran todos los poderes en un Estado de excepcionalidad previsto solo para cuatro años. Sin embargo, “alborrea la eternidad del nazismo. ¿Sabían los burgeses, los nacionales, qué había ocurrido, en qué trampa habían caído? Temo que hoy todavía lo ignoran: uno de los días más absurdos de la historia alemana, el día de Potsdam, el 21 de marzo de 1933, cuando Hindenburg entregó Alemania a un señor vestido de frac”. Casi cincuenta años después de todo aquello, en 1981, el ya premio Nobel reflexiona en estos términos sobre el modo en que los nazis se adueñaron de su país. Habían llegado para quedarse y “el mismo año 1934 desmintió a todos aquellos que habían creído que Hitler no duraría mucho”.

Böll se encara con sus recuerdos de aquel momento y trata de sortear las malas jugadas de la memoria, la ausencia de sus notas perdidas, para contarnos su vivencia del advenimiento del nazismo en *Pero ¿qué será de este muchacho?* Böll quiso vivir fuera de la norma en un Estado en el que era casi imposible hacerlo sin exponerse a lo peor. No tenía madera de héroe. Al contrario, “sabía que caería en el engranaje, que no tendría la fuerza ni el valor para sustraerme a los dos uniformes del momento”, el de las Juventudes Hitlerianas, primero, y el de soldado, más tarde. ¿De dónde surge entonces el ánimo de resistencia? Crecido en Colonia en una familia atípica, a todos los desaires propios de la adolescencia sumaba una rebeldía provocada por la precariedad de su entorno: “Después del 30 de enero de 1933 se produjo una especie de milagro económico... Sería demasiado eufemístico decir que vivíamos *al día*. Lo que es seguro es que vivíamos por encima y por debajo de nuestras posibilidades”. Su ánimo de resistente “tenía que ver con la situación social totalmente indefinida en que nos encontrábamos:

las severísimas dificultades económicas, ¿solo nos habían rebajado de clase social o nos habían excluido de toda clase?”. Los despeñados por el mal económico de ahora se formulan cada día la misma pregunta que aquel adolescente resuelto a convertirse en escritor, volcado en los libros –“estábamos lo bastante locos para seguir comprando libros y leerlos”– y que destaca lo mucho que un ejercicio escolar orientado a “condensar aquel alemán nefando e intrincado” que Hitler emplea en su *Mein Kampf* le sirvió para adquirir “una cierta aptitud para la lectura y la concisión”. Su familia salió adelante en ese tiempo inclemente en el que “la supervivencia material se sobreponía a la supervivencia política”.

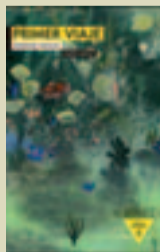
Con el juicio y lenguaje de un adulto que habla ya desde la perspectiva de casi medio siglo de historia, Böll retrata al adolescente que fue como un precoz *desertor interior*, una actitud que teñirá toda su trayectoria posterior, marcada por el distanciamiento crítico de la sociedad alemana y la visión mordaz de un entorno del que reniega y del que se nutren *Opiniones de un payaso*, *Retrato de grupo con señora* o esa crítica feroz de la prensa amarilla que es *El honor perdido de Katharina Blum*.

En su relato de la llegada de Hitler, Böll deja constancia de que “no nos gustaba Berlín desde que los nazis lo tomaron”. A la capital alemana había regresado, poco antes de que comenzara a gestarse la descomunal tragedia que dejará una huella imborrable en la humanidad, una joven pareja de filósofos a la que ciertos momentos de comunión intelectual sirven de escape a la penuria material en la que se mueven. Günther Anders detalla este vínculo en *La batalla de las cerezas*. *Mi historia de amor con Hanna Arendt*, que incluye un muy recomendable epílogo académico de Christian Dries. Arendt y su marido vivirán poco tiempo en Berlín. Él huirá a París tras el incendio del Reichstag y ella lo seguirá más tarde, tras un breve paso por la central de la Gestapo en Alexanderplatz. El exilio forzará que siga la convivencia entre un hombre enamorado y una mujer que quiere a otro. El matrimonio no ha mermado la pasión de Hanna Arendt por Martin Heidegger, el maestro que dejó en ella una indeleble impronta intelectual y vital, convertido en preboste académico del nuevo régimen y cuya forma de comportarse muestra, parafraseando a Steiner, que se puede ser un gran filósofo y un miserable.

## La profunda mirada de Denton Welch

De Denton Welch (1915-1948) dejó dicho William Burroughs que pintaba todo aquello que se le ponía al alcance de la mano o de los ojos. Tal vez sea, en efecto, esa capacidad para deglutir hasta los gestos más triviales y devolvérselos al mundo trascendidos por su exacerbada sensibilidad el rasgo más característico del malogrado escritor y pintor inglés cuya obra está recuperando con mimo la editorial Alpha Decay.

Quienes recuerden la primera entrega de la biblioteca Denton Welch –aquel *En la juventud está el placer* (1944, 2011) en el que el autor estremecía, divertía y cautivaba al lector con las vivencias de sus vacaciones veraniegas de quinceañero– enlazarán de inmediato con el personaje que, ahora, un año después, recorre las páginas de *Primer Viaje* (1943). Un trimestre en un internado y un viaje a China para ver a su padre, en vísperas de la II Guerra Mundial, son toda la excusa argumental que necesita Welch para poner en pie un mundo arrebatado que ningún lector sensato dejará pasar.



### Primer viaje

DENTON WELCH

Alpha Decay  
400 páginas  
22,90 euros

## Un potente chorro de luz sobre Cohen

En su discurso de aceptación del premio Príncipe de Asturias de 2011, Leonard Cohen confesó que fue la lectura de Lorca la que en su adolescencia le permitió encontrar un cauce para su propia voz, algo que, añadió, no había conseguido leyendo a los poetas anglosajones. La música que ha acompañado durante décadas a esa voz, prosiguió Cohen, nació de una progresión flamenca de seis acordes que le enseñó en dos tardes un joven gitano que se suicidaría poco después.

A partir de esta doble confesión, Alberto Manzano –cuya vinculación con el judío Cohen y su obra, que ha traducido al castellano, viene de muy lejos– compone una enjundiosa trama que, arrancando de los orígenes y errancias de judíos y gitanos, se interna con agilidad y gran cintura intelectual en los vericuetos de la labor creativa de Cohen. Sin perder de vista el triángulo que delimita su área de juego, Manzano, que participó en la grabación del mítico *Omega* de Morente, arroja un potente chorro de luz sobre el canadiense universal.



### Leonard Cohen. Lorca, el flamenco y el judío errante

ALBERTO MANZANO

Alfabia  
322 páginas  
21,84 euros